



“Era un proyecto completamente diferente”

Una conversación con Ana Pizarro Romero
(30 de septiembre de 2023)

por Carolina Pizarro Cortés

ANA PIZARRO ROMERO es Doctora en Letras de la Universidad de París, luego *Maitre de Conférences* de La Sorbona y hasta hace algunos años profesora e investigadora en literatura y cultura de América Latina del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Publicó la novela *La luna, el viento, el año, el día* (1994), coordinó los ensayos *América Latina: palabra, literatura e cultura* (1993, 3 volúmenes), *De Ostras y Caníbales* (1994) Premio Municipal de Literatura de Santiago, categoría Ensayo; *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana* (2004); *Gabriela Mistral: El proyecto de Lucila* (2005). El 2002 fue becaria de la *John Simón Guggenheim* y el 2011 reconocida por *Casa de las Américas* con el Premio Honorífico de Ensayo *Ezequiel Martínez Estrada*. Hace más Rexpertas en el ámbito de la cultura, de lo que es expresión su texto *Amazonía: el río tiene voces. Imaginario y modernización* (2009). Recientemente publicó *Travesías* (2022) en Chile y *Voo de tukui* (2023) en Brasil, ambos actualmente en traducción.



Carolina Pizarro Cortés: Anita, si quieres podemos partir de cosas bien concretas, así como ¿qué era de tu vida, donde estabas tú el año '73?

Ana Pizarro Romero: El año '73 yo ya había hecho mi doctorado. Lo defendí el '68, en Francia, o sea siete años antes del Golpe.

Estaba en Concepción, en la Universidad. Yo estuve allí desde el año '63, porque era ayudante. Nunca salí de la Universidad: fui ayudante y después seguí los grados siguientes. Y el año '73 yo estaba trabajando oralidad, porque por razones más bien políticas y de interés social y antropológico, me había ido al campo mapuche.

Y hay que decir que el mundo mapuche no existía para Chile. Nadie hablaba de eso y resulta que, bueno, por el sector político al cual yo adhería –no militaba–, había empezado a hacer un trabajo político en el campo mapuche. Fui allá a hacer un trabajo que era muy lindo, porque era diseñar carteles en los que nosotros por primera vez queríamos sacar la voz de la gente mapuche. No eran los carteles en donde tú dices “los mapuches están llevando adelante una lucha que apoyamos”. No era eso, sino que nosotros reproducíamos aquello que nos parecía importante y hermoso de su propia voz, porque éramos un grupo que era muy artista. De ahí salieron carteles como “Nadie nos trancará el paso”. Eran diseñados por una chica canadiense, que estaba con nosotros, que era muy buena dibujante. Otro cartel decía “Mapuches y wincas pobres que somos”.

Había cosas preciosas. Bueno, yo estaba en eso, y a partir de ese trabajo empecé a interesarme por una cosa épica que había en ellos. Me contaban que estaban tomándose tierras, porque estaban en un comienzo de movilización. Me interesó mucho lo que ellos me contaban y la forma como me lo contaban. Me decían, por ejemplo, “nosotros mapuches y wincas pobres que somos, fuimos a tomar esa tierra que no daba producción, así unidamente como hijos de un solo padre”. Entonces a mí me parecía maravilloso, y yo dije esto es un poema épico. Yo sentía que estaba con Homero. Una vez un mapuche viejo en una ruca, en la punta de un cerro, por ahí, una loma, me estaba contando la batalla de los mapuches contra el general Saavedra, un ‘héroe nacional’ que fue a destruirlos prácticamente durante la guerra, llamada ‘la pacificación de la Araucanía’. Entonces extendía el brazo y decía “por aquí salía el general, por esa loma aparecía el general Saavedra con sus tropas” y me hacía el sonido de sus instrumentos. “Aquí salían los mapuches, entonces iban por allá” y me mostraba otra loma. Yo me imaginaba todo eso, además con el paisaje, detrás del cerro. Era un momento maravilloso. Para mí fue una experiencia que me definió la vida, me definió además estéticamente.

Yo estaba en eso cuando vino el golpe. Hay más, yo estaba como tú sabes ligada por familia a gente de la izquierda más dura, a la izquierda revolucionaria, porque Miguel Enríquez¹ estaba casado con mi hermana. Miguel era un personaje. Cuando

¹ Miguel Humberto Enríquez Espinosa (Talcahuano, 27 de marzo de 1944 – Santiago de Chile, 5 de octubre de 1974) fue un médico, político, revolucionario, fundador y secretario general del Comité



llegaba a la casa había un movimiento increíble. Yo mientras tanto me ocupaba de mi hermana.

Yo estaba en ese punto y para mí el mundo era fascinante. Todo el gobierno de la Unidad Popular. Nadie creía que ese gobierno era perfecto. Era una construcción. Lo apoyamos, pero también un poco críticamente, porque sabíamos que no iban a dejar que este llegara a sus objetivos. Los dueños del poder no iban a dejar, no, no iban a permitir que este gobierno siga y, de hecho, había alguna información también de que Estados Unidos estaba apoyándolos. Nadie nos creía, por supuesto, porque éramos puros cabros jóvenes. Además cansados de que los gobiernos de Chile fueran de sólo viejos.

Complicaba entonces esto de ver gente joven que pensaba el país y en algún momento a lo mejor tenían puestos de poder. Era muy estresante, porque estábamos cansados de lo viejo, necesitábamos una renovación en todo sentido. Una renovación un poco como la de ahora. De repente tú ves un mundo joven con todos los errores, porque los jóvenes no tienen experiencia. Iba a decir, “no tenemos”. No tienen la experiencia para eso, pero la van adquiriendo, y la van adquiriendo con otra perspectiva, entonces eso era lo que faltaba. Eso era fundamentalmente en lo que yo estaba, y en la Universidad estaba haciendo la investigación sobre el mundo mapuche.

Estaba tratando de armar un texto. Como una especie de *Araucana*, pero con las voces de los mapuches, a partir de las entrevistas de ellos. Porque me hablaban de todo, me hablaban de su vida cotidiana, por ejemplo. Y entonces yo llegaba a darme cuenta de cuál era su relación con el mundo, su relación con las cosas. Nada de eso estaba estudiado acá entonces.

Me acuerdo de una vez que una señora me empezó a contarxxx “cuando vinieron los pacos”. Me decía “ella se me perdió; se me perdió y yo no sabía qué hacer, qué hago si no está ella”, –yo sentía su aflicción– y al final me di cuenta de que “ella” era la olla de cinco litros donde freía las sopaipillas. Eso era, la relación con los objetos. Nosotros una olla la botamos y compramos otra. Ellos no la botan. Para ella era su objeto, su historia estaba plasmada en esa olla. Ese es el valor de uso, en lugar del valor de cambio, ¿no? Entonces para mí fue realmente una experiencia muy enriquecedora.

Yo estaba casada. Tenía mis tres hijos. El más pequeño tenía un año. Y bueno, todos participamos en ese que era un mundo en ebullición. La entretención era ir a las marchas. Ahí te encontrabas con gente, conversabas. Como esto de las colas que dicen que eran terribles. En las colas la gente también se entretiene un montón. En la cola se conversaba, uno se ponía al tanto de las cosas. No era espantoso lo de las colas. Las había, porque se dio una arremetida muy fuerte en donde los dueños de los productos no dejaban que salieran. Era su manera de luchar contra el gobierno, de generar descontento social. Ahí fue, en ese contexto, cuando vino el golpe.

Central de la organización Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que lideró desde 1967, hasta su fallecimiento en el marco de un operativo montado por agentes de la DINA.



Dentro del mundo donde yo estaba, se decía “Va a haber golpe, va a haber golpe; ahora viene la cosa”. Lo que yo creo que nadie imaginó el nivel de atrocidad del golpe, porque golpe, o sea, en Bolivia, Ecuador, había golpe cada tres meses. En otros países latinoamericanos habían echado abajo gobiernos. Pero con un daño muchísimo menor, es decir, no se estaba matando gente. Sólo había cambio de gobierno. Yo me acuerdo de que un amigo escritor, Jorge Enrique,² que era ecuatoriano, decía: “en mi país, uno está trabajando y siente de repente un par de disparos. Ay, ya hay otro golpe”, dice. Un golpe como el chileno, con ese nivel de violencia, con ese nivel de atrocidad, jamás lo imaginamos, jamás. Bueno, después uno se da cuenta, después te das cuenta de todo lo que quedó en evidencia. Por ejemplo, ahora hace poco se supo que Walter Rauff,³ el alemán que vivió aquí, clandestino, y que fue muy cercano a la Junta Militar, es el de la solución final, ¿no? Uno se da cuenta de que había un nexo evidente entre una derecha prácticamente nazi y quienes dieron el golpe, ¿no? Porque de otra manera no puedes entender, no puedes.

Carolina Pizarro Cortés: Y cuando se produce el golpe de Estado, en general, en tu familia, ¿cuál es la reacción? ¿Pensaste en algún momento que podía haber problemas para ti y tu familia asociados a este golpe de Estado?

Ana Pizarro Romero: Bueno, por ser familia, por estar ligados a Miguel y Alejandra. Alejandra ya había muerto, pero de alguna manera sentía que había algún peligro. Cuando nos empezamos a dar cuenta del nivel que estaba tomando el golpe percibimos la envergadura de la situación. Cuando empezaron a llamar por la radio a las personas a que se presentaran, a mi madre la llamaron, porque ella ayudaba a los campesinos. Les llevaba harina y cosas así desde Concepción. Les ayudaba, apoyaba al Consejo Comunal campesino entonces.

El día del golpe me levanté y abrí la ventana de mi pieza que miraba hacia un cerro que da a la Universidad. Cuando abrí las cortinas, me di cuenta que había unas filas de militares subiendo por el cerro. Yo dije “Ahí está el golpe”. Encendí la radio. Había marchas militares. Entonces lo primero que hice fue irme a mi oficina, ir a la Universidad, a ver qué pasaba, y me di cuenta de que estaban quemando libros. Había una tremenda hoguera frente al Instituto de Sociología donde trabajaba el papá de los niños.

Él justamente esos días había ido a Santiago no sé por qué razón. Yo estaba sola con los niños. Entonces, bueno, yo saqué mis pertenencias de la oficina. No sabía qué hacer. Unos días después, cuatro o cinco días después, me vinieron a decir que me llamaban por teléfono y dije “qué raro que me llamen para allá”. Me habló una persona que yo conocía de antes, un arquitecto que se llamaba Julio Ramos Lira, y me dijo “hola,

² Jorge Enrique Adoum Auad (Ambato, 29 de junio de 1926 - Quito, 3 de julio de 2009) fue un escritor, político, ensayista y diplomático ecuatoriano.

³ Walter Rauff (Köthen, Imperio Alemán, 19 de junio de 1906 - Santiago de Chile, 14 de mayo de 1984) fue un *SS-Standartenführer*, espía y empresario alemán. Vivió en la comuna de Porvenir, provincia de Tierra del Fuego, Chile, donde administró una empresa manufacturera de centolla en los años 60. Se le responsabiliza por la muerte de medio millón de personas en Auschwitz.



Ana, tanto tiempo”. Qué raro que me llame Julio. Le digo yo “sí, sí”. Me dice “yo tengo noticias sobre lo que se sabe de tu marido”. Entonces yo pensé “pero qué puede saber”. Mi marido trabajaba en sociología y evidentemente estaba ligado al MIR. Yo le dije “pero ¿qué?, ¿qué sabes? “No –me dice–, ven a mi oficina y yo te explico”. Su oficina, que yo la conocía, estaba frente a la plaza. Yo fui a la oficina a las dos de la tarde y me pareció muy raro, porque él me saludó, me dijo “bueno mijita, chao” y salió del lugar. Entonces se abrió una puerta y había cinco tipos adentro.

Los que se presentaron eran de la inteligencia del ejército, de investigaciones y otros. Lo que ellos querían era contactar a Miguel. No les interesaba nada de lo que yo hubiera hecho, porque pensaron que era la buena señora de familia, pero querían información. Entonces empezaron a amenazarme de manera relativamente discreta. “Mmm –me dijeron–, mira, sabes de los cadáveres que cayeron en el río. Ese es el MIR que lo está haciendo y a ti te tienen en vista porque tú tienes contacto con Miguel por la hija. Además, están tus hijos, que tú sabes que corren peligro”. No entro en más detalles. Todo lo declaré en los organismos de Naciones Unidas, entonces me dijeron “quince días, quince días y no te trates de ir porque te vamos a seguir. Así que no tienes contacto con Miguel. Vamos a ver.” Yo no sabía mucho, lo que estaba viviendo. Me quedé como en el aire, como que no me daba cuenta de lo que estaba pasando, estaba sorprendida. Y bajé, me acuerdo que bajé las escaleras, como atontada. Estaba así y pasó en ese momento un profesor francés de la Universidad. Me dijo “Ana, ¿qué te pasa, por qué estás así?”. Porque yo debo haber tenido realmente con una cara atroz. Le conté lo que me pasaba y me dijo “tú tienes que irte ya”. Yo no lo había pensado. No había pensado irme.

Incluso fíjate hasta qué punto no había pensado irme que una persona de la Universidad, que era colega mío, me había dicho el día antes “Ana, cuando dejes tu casa, avísame. Me interesaría arrendarla”. Y yo pensé, sorprendida “pero ¿qué onda?, ¿cómo se le ocurre?”.

Bueno, resulta que entonces me tuve que ir. El embajador de Francia me mandó un mensaje con una persona que tiró debajo de mi puerta un papel que indicaba a dónde me tenía yo que juntar con quién en Santiago para entrar a la embajada. Mi madre consiguió a una persona que se hizo pasar por mi marido para que manejara hasta Santiago. Ella se fue atrás como la suegra. Allá me llevaron donde una familia francesa y el agregado cultural me trasladó en su auto a la embajada con los niños.

La embajadora fue de una generosidad bárbara. Me dio una pieza al lado de la de ellos en su casa. Una pieza con baño que yo por supuesto no podía aceptar, porque todos estaban en una situación tremenda, así que invité como a tres o cuatro familias para la pieza.

Cuando me interrogaron realmente no me intimidaron. Sentí que podía de alguna manera manejar esa situación. Había uno de los tipos que tenía respeto por mi padre, y eso me daba cierta seguridad. Claro, seguramente un segundo encuentro no habría sido lo mismo, no, pero ahí estaban buscando a Miguel y tanteaban las primeras pistas.



Carolina Pizarro Cortés: Y cuando te fuiste, con tus niños, ¿cómo fue tu recorrido?

Ana Pizarro Romero: Llegué directo a Francia, y allá en Francia a todo el mundo lo estaba esperando la agencia internacional de migración. Pero resulta que había allí un amigo, que es un amigo muy querido hasta hoy. Nos estaba esperando en el aeropuerto y había hablado con un psicoanalista conocido para que nos alojáramos en su casa. Fue muy cálido de parte de ellos. Yo estoy absolutamente agradecida. Incluso en estos días estoy por escribirles para agradecerles después de 50 años, porque he tenido siempre de ellos una imagen preciosa. Ellos tenían tres niños; los míos eran tres bestias porque venían de un montón de violencia. Entonces yo sentía que tenía que estar permanentemente manejando una situación que era difícil. Entonces les dije “miren, mejor me voy a un hogar de exiliados”, porque ahí me iba a sentir más cómoda.

Me fui a una casa para exiliados después de quince días y, claro, ahí podía dejar a los niños encargados con alguien para yo empezar a buscar trabajo.

Carolina Pizarro Cortés: Y en ese momento tu marido, ¿dónde estaba?

Ana Pizarro Romero: Yo supe de él cuando yo estaba en la embajada. Me mandó una carta, no, un mensaje en papel de cigarrillo. Así me escribía Miguel también, porque él estaba con la niña en esos días. Yo quería llevarme a la niña y Miguel no quiso que me la llevara. Pero eso es otra historia.

Nosotros pensamos siempre que íbamos a volver. No teníamos idea de que esto iba a ser tan largo. Pensábamos que, nada, esto sería dos meses, tres meses. Los exiliados no deshacían las maletas. No ponían cuadros en las casas porque cuando tú pones cuadros ya estás instalado, ¿no? Entonces todas las casas eran provisorias, todo era provisorio durante mucho tiempo, durante años.

Yo había ido a Francia el año anterior a mi exilio por una casualidad. Me invitaron a una reunión internacional. Era la primera reunión a la que yo iba; no había estado nunca en un congreso. Realmente me impresioné mucho porque éramos 25, 30 personas. Y estaba Julio Cortázar, estaba Roberto Fernández Retamar y estaban todos los que yo conocía por haberlos leído. Me tocó estar con ellos y además yo llevé este proyecto que tenía de escritura, de esta especie de épica mapuche. Presenté esto y les encantó. Julio me esperaba a la salida de la conferencia. Me dijo “Ana, yo quiero almorzar contigo. ¿Me permites almorzar contigo?” Para mí era una cosa fantástica.

Entonces, dentro de lo que es mi profesión ya me conocían un poco y por eso me ofrecieron un puesto en la Universidad de París. Era un puesto alto. Me situaron en un lugar que me obligaba a estudiar como Porque tú te imaginas, claro, partí de la Universidad de Concepción a trabajar a una universidad de ese nivel. Por otro lado, se sabía bastante poco de literatura latinoamericana. Entonces allí empecé, por una parte, a dictar estos cursos y, por otra, a investigar, porque ellos me dieron una beca para trabajar en un proyecto. Este fue el proyecto de historia literaria que después se convirtió en *América Latina: palabra, literatura y cultura*.



Yo me inserté bien ahí, pero qué pasa, después de un año sentí que era demasiado. Mi carrera estaba demasiado hecha y no tenía grandes desafíos. En el fondo lo que yo quería era volver a América Latina. Entonces renuncié a la Universidad y me vine a América Latina con los niños. A Venezuela, sin tener nada. Entonces trabajé de secretaria, pero era una secretaria pésima porque no sabía nada del oficio.

Estuve como seis meses trabajando de secretaria y mientras tanto ponía mi currículum en distintas universidades, hasta que un rector de universidad lo vio y me invitaron a hacer clases a la Universidad Simón Bolívar, que es la gran Universidad de Caracas. También hice unas clases en la Universidad Central, que es una universidad nacional bastante importante. Entonces tuve la suerte de que los venezolanos –yo los quiero mucho– confiaron en mí, y resulta que la Universidad, por el proyecto que tenía, me empezó a mandar a distintas partes. Entonces yo participé en reuniones en distintos países. En las Academias de ciencias de Hungría, de Alemania, de distintos lugares para discutir el proyecto, y esto además me fue formando, pues tienes que estudiar mucho.

Tenía que estudiar mucho y tú sabes que los señores que había ahí tenían más o menos 80 años, 75. Yo tenía 35. Entonces, claro, al principio me daba un poco de miedo. Pero, antes de entrar a las reuniones, me acuerdo, antes de entrar a esos tremendos salones, me decía “si nosotros hemos sido capaces de hacer todo lo que hemos hecho, si hemos vivido lo que hemos vivido, ¿cómo no voy a poder enfrentar esto?”.

Sentí que había criterios muy coloniales en ese medio, incluso cuando se dirigían a mí. Yo era muy sensible a eso. Desde que fui por primera vez a Francia sentí esa mirada colonial, de piel, ¿no?, eso de que te miren diferente por la piel, por la manera como hablas. Ahí lo sentí mucho, y es que además siempre fui de un latinoamericanismo muy radical.

Me daba muchísima indignación y eso da más fuerza. Entonces sentí que llevar adelante un proyecto de ese tipo era hacer algo positivo por América Latina, donde estaba destrozado todo el Cono Sur. Había solo dictaduras y había que hacerlo, había que echar para adelante.

Entonces empecé a trabajar en eso. Lo hice sin un cinco, o sea, no había plata. Los venezolanos me financiaron los viajes; la generosidad de ellos fue enorme, ¿no? Fue toda una experiencia, que, primero, me reafirmó en mi anticolonialismo y, por otra parte, me hizo conocer la academia europea y darme cuenta de que se sabía muy poco sobre América Latina.

Había que para llevar adelante un proyecto y empecé a articularlo. Dentro de este espíritu latinoamericanista había que incorporar a Brasil. Yo había vivido una América Latina en el Chile de la Unidad Popular que era un América Latina mucho más cabal, porque se incorporaba Brasil, sobre todo en las ciencias sociales. Estaba la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), estaban todos los exiliados brasileños. Para nosotros era un mundo también muy fascinante. Me parecía raro que nosotros en literatura no incorporáramos a Brasil, por qué no.



Saqué fuerza de cualquier parte y me fui a hablar con Antonio Cándido⁴ en Brasil. Yo conocía a dos personas que me vincularon con Antonio Cándido. Él estaba informado por la Asociación Internacional de Comparatistas. Y ya sabía un poco de esto. Al principio me dijo “sí, Ana, está bien, pero yo estoy jubilado, ya no sé si tengo ánimo de trabajar”. Después de cuatro horas me dijo “Ana, estoy de acuerdo. Creo que aquí hay un problema político”.

Después vino el apoyo de Ángel Rama. Dijo “ah, no, qué locura están haciendo. Nadie va a poder hacer eso”. Y después dijo “no, hay que empezar de cero”. Yo dije “bueno, empezamos de cero”. Empezar de cero significaba preguntarse qué es América Latina, o sea, era necesario saber qué es América Latina para saber qué es literatura latinoamericana, y entender que literatura en América Latina no es lo mismo que en Europa, porque los sistemas son mucho más variados.

Ahora, cómo incorporamos las literaturas indígenas. Es un problema: como en una historia partimos un libro por la mitad. Eran problemas muy lindos que están, todos, en un volumen que llamamos *Para una historia de la literatura latinoamericana*.

En Venezuela me uní con mi nueva pareja. Era argentino y dirigía UNESCO en América Latina. Yo también trabajaba con UNESCO, para ver si nos podía apoyar. De hecho, nos apoyó en una reunión, porque no teníamos plata, y teníamos que conseguir fondos para cada reunión.

Mi marido era Enrique Oteiza. Él y yo nos dimos cuenta de que la formación de los niños era muy mala en Venezuela y a Enrique al mismo tiempo le estaban ofreciendo un puesto en Ginebra para dirigir un instituto de investigaciones sobre América Latina, Asia y África, lo que era fascinante. Nos fuimos todos a Suiza, a Ginebra, cosa que los niños no me han perdonado hasta ahora, porque los cambiamos de Venezuela, el sol, el agua y la vida libre a Suiza, donde todo está bien encasillado y hace un frío del demonio.

Vivimos ahí cuatro años y después se abrió la posibilidad de volver a América Latina. Yo no podía entrar a Chile porque estaba marcada con una L en el pasaporte. Se abrió la posibilidad de que Enrique volviera a Argentina y entonces volvimos. Allí yo estuve en la Universidad de Buenos Aires, sobre todo en investigación. Seguía con mi proyecto y ahí prácticamente fui terminando, cerrándolo. En un momento Antonio Cándido me dijo “mire, hay que cerrarlo, ya no podemos más, se ha alargado mucho, pero podríamos seguir infinitamente”. Así que cerramos el proyecto, pensando que siempre hay posibilidad de hacer más. Porque otros tenían que tomar el trabajo, tomar la posta.

⁴ Antonio Candido de Mello e Souza (Río de Janeiro, 24 de julio de 1918 - São Paulo, 12 de mayo de 2017) fue un poeta, ensayista, profesor universitario y uno de los principales intelectuales brasileños. Fue profesor emérito de la Universidad de São Paulo (USP) y de la Universidad Estatal Paulista Julio de Mesquita Filho (UNESP). Fue Doctor honoris causa de la Universidad Estatal de Campinas (UNICAMP) y de la Universidad de la República de Uruguay (2005).



Estando en Buenos Aires sucede que yo pude entrar a Chile el año '90, cuando se abrió el proceso democrático. Nunca antes, durante diecisiete años, pude entrar. ¡Eso quiere decir que era considerada aún un peligro! Mis hijos aparecieron en una lista de extremistas que no podían entrar al país en el diario *El Mercurio*. Tengo el recorte. Tenían tres, cinco y siete años. Y aparecen con sus nombres completos.

Había sido expulsada de la Universidad de Concepción por ser persona peligrosa para la seguridad del país y no pude entrar durante diecisiete años. Entonces se abrió la posibilidad de venir. Me vine y Enrique se quedó allá, porque él también quería estar en su país. Seguimos una relación desde lejos. Siempre fuimos muy amigos; era una persona maravillosa. Yo me vine porque me ofrecieron dirigir la Fundación Huidobro. Adriana Valdés⁵ me lo ofreció. Para mí fue entrar a otro país. No me reconocí en absoluto, me costó diez años reconocermelo. Este era otro país, otra gente, otro todo.

Salí muy temprano, no alcancé a ver más que ese terror, esa matanza, pero no lo que vino después. La imagen que yo tenía era del Chile antiguo, de ese Chile en que todo era simpático. Los señores andaban vestidos de oscuro, con corbata (eso no era tan simpático). Todo tenía su lugar, era todo muy pausado. Era un Chile de provincia, muy solidario. Además, la gente te hablaba, te saludaba. Me tuve que hacer a la idea de que era otro país, pero te digo que estuve a punto de irme varias porque me costaba mucho, me costaba muchísimo.

Carolina Pizarro Cortés: Durante los años que estuviste fuera, ¿cómo fue tu contacto con Chile, con tu familia, con los que se quedaron acá?

Ana Pizarro Romero: Fue muy poco. Con Miguel nos escribimos dos o tres veces porque estaba la niña de por medio. La niña se quedó acá. Después Miguel me la quería mandar, justo un mes antes de que lo mataran. Para eso la puso en la Embajada de Italia.

El contacto con mi madre era muy poco. Yo a veces escribía cartas que no llegaban. Entonces estuve diecisiete años realmente muy desconectada, o sea, desconectada de Chile, pero participaba por supuesto en las actividades de los chilenos contra la dictadura. Incluso llevé adelante sola una campaña. Conseguí cinco firmas de premios Nobel para poner en evidencia la desaparición de Bautista van Shouwen,⁶ del cual se supo recién que lo mataron al día siguiente que lo detuvieron. Además, era de la familia de Miguel también, porque era la pareja de Inés, la hermana de Miguel, desde chico. Era una persona absolutamente adorable. Conseguí el apoyo de esos cinco Premios Nobel. Me recorrí todo París hablando con esta gente. También es un aprendizaje que te ayuda a perder el miedo, que te ayuda a darte cuenta de que toda la gente es igual y que si de repente hay personas que se dan ínfulas es problema de ellas. Esta gente fue encantadora. Había conciencia a nivel público de los horrores que estaban pasando en Chile.

⁵ Adriana Valdés Budge (Santiago, 3 de octubre de 1943) es una ensayista chilena y la primera mujer elegida como directora de la Academia Chilena de la Lengua y del Instituto de Chile.

⁶ Bautista van Schouwen Vasey (San Lorenzo de Tarapacá, 3 de abril de 1943 – Santiago de Chile, 13 de diciembre de 1973) fue un médico y revolucionario marxista chileno, uno de los fundadores del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).



En París había marchas, un movimiento impresionante. Cuando murió Miguel, marchas por Miguel. Yo me acuerdo haber estado en reuniones enormes en la *Mutualité*. Había muchísima actividad. Aquí no se imaginan, no se pueden imaginar el movimiento que había afuera, porque había una barrera comunicacional. Fíjate que yo pensaba en el mapa y Chile lo veía en gris. No lograba captar qué pasaba. Todas eran noticias oficiales. Era muy difícil saber algo de verdad: sólo por los canales de los que se quedaron. La mayor cantidad mi gente tuvo que salir o murió. Muchos murieron.

Carolina Pizarro Cortés: Tus colegas de la Universidad, tu mundo cercano, ¿también fue muy directamente afectado por la dictadura?

Ana Pizarro Romero: Claro, mi mundo cercano, sobre todo colegas. En la universidad había de todo. Me acuerdo de uno o dos colegas que también tuvieron que salir: Gerardo Álvarez, que además es un tremendo lingüista, a nivel internacional, partió a Canadá. Jaime Concha en USA... Nos encontramos el día antes de que yo me fuera y nos tomamos un café, así los dos escondidos por ahí, en un café que había en una galería. Hablamos y Jaime, con una percepción también muy académica, me dice "nos han echado de la Universidad a los únicos dos que hemos publicado". En ese momento el curriculum académico no valía nada.

También había gente muy de derecha. Uno de los personajes que había en el departamento nuestro fue decano de la Facultad puesto por los militares. Había gente de todo... es que era un momento muy raro. Era una sensación muy extraña, una sensación de que no perteneces, o sea, de repente es como que te quitan la pertenencia. Por ejemplo, yo tenía amigos allá, amigos de siempre, los de la Universidad. Tú haces amigos, trabajan juntos, y de repente viene el golpe y al día siguiente los encuentras en la calle y atraviesan para no cruzarse contigo. Otros que no te saludan por miedo. Yo era evidentemente de izquierda y tampoco lo escondí, porque así era como yo pensaba.

La gente se puso muy miedosa y las personas que tú conocías tenían comportamientos que no te imaginabas. Ahí se desplegó la comedia humana. En realidad, la comedia humana de todo tipo. Estaban los que tú no pensabas, por ejemplo, que podían ser solidarios. El profesor de la Universidad que yo conocía poco y que se atrevió a tirarme el papel debajo de la puerta; entrar a mi casa a través del jardín y tirarme el papel del embajador debajo de la puerta. Yo nunca hubiera pensado que lo hubiera hecho porque yo siempre lo vi como un tipo tímido y no tenía una relación personal conmigo, pero gracias a él pude recibir un mensaje que me salvó la vida.

A todo esto, los de inteligencia habían ido al fondo de mi familia allá en el sur dos veces, porque pensaban también que Miguel podía estar allí. Había un personaje allá, un campesino. Cuando iba Miguel todos lo conocían. Una vez fueron y le mostraron a Miguel en una foto. Le preguntaron si lo conocía y dijo "no, no, no lo conozco". Mi mamá tenía un cartel del Che. Le dicen "¿y a ese no lo conoce?" y contesta "no, no ha venido nunca para acá".



Pasaban cosas que te digo que eran de risa y también muy dolorosas. Por ejemplo, en el fundo había un muchacho que era hijo de los inquilinos al que yo siempre apoyé. Le daba plata para que estudiara; lo hice entrar al Liceo Comercial. Era medio rubiecito, era campesino, pero rubiecito, con los ojos claros. Resulta que en esos días mi mamá se lo encontró de milico y le dijo “¿qué estás haciendo aquí?” y él le dijo “no, es que me tocó el servicio militar”. Después a la mamá de él, cuando le preguntaban por su hijo allá en Hualqui, decía “está muy bien, ahora es de los inteligentes”, o sea, de la inteligencia. Lo llevaron a Brasil.

Me llamó por teléfono cuando volví. No sé cómo supo que yo había vuelto. Yo dije “no, no, yo no quiero hablar contigo. Yo sé en lo que estás”. Me dijo “la estuve buscando por Francia”, o sea, que también lo mandaron para la embajada allá. Un muchacho que yo había criado prácticamente, porque el Instituto Comercial estaba casi a la vuelta de mi casa. Entonces él iba a estudiar, venía almorzar a la casa y después se iba al campo.

Es como para escribirlo, pienso yo. Un libro sobre los rostros que, es cierto, hay en toda la historia. De toda esa gente que tú conociste realmente en ese momento, porque antes creías que la conocías, pero no. Todo eso contribuye a esta sensación de incredulidad, Esto de no poder creer, claro, porque al principio uno no sabía. Por ejemplo, a mí me dijeron en un momento antes del golpe “por favor, anda decirle al Dr Enriquez –que había sido el rector de la Universidad–, anda a decirle que están torturando en Talcahuano”. Porque el rector era además marino; era médico de la Marina y tenía grado alto, capitán de navío. Yo fui y le dije “sabe, me mandan a decir que le informe que están torturando”. Me dijo “No, jamás, no, no, no, Pelu. No les creas, los marinos jamás harían eso”.

El rector nunca pensó que podían hacer eso. Después escribió un libro de anatomía. En la introducción dice que nunca hubiera pensado que la gente que él formó hubiera sido después gente que estaba en la tortura. Dice que eso fue demasiado fuerte para él.

Era como si de repente Chile se hubiera desnaturalizado. El Chile que nosotros teníamos, que era el país más tranquilo de América Latina, aunque no era el país ideal. Con unos abismos sociales y económicos terribles, Me acuerdo que antes del gobierno de Allende los niños andaban a pie pelado; los niños llegaban a la escuela y se desmayaban porque no comían. O sea, tengo clarísima esa imagen de ese Chile de una diferencia social atroz, que el gobierno de Allende iba a ayudar a resolver.

Carolina Pizarro Cortés: El proyecto de la Unidad Popular en ese momento era pensable. ¿Crees que algo de eso subsiste?

Ana Pizarro Romero: La idea de socialismo que se tenía en esa época tenía por lo menos dos variantes, una que era parecida al comunismo ruso, pero decían “con empanadas y vino tinto”. En los años de resistencia fue derivando, creo, hacia una idea de la democracia que era necesario recuperar. La izquierda tradicional apuntaba en su imaginario hacia los países socialistas, más que nada a una expresión latinoamericana, como la del comienzo del gobierno cubano.



En el caso de la nueva izquierda, en la que yo estaba, éramos abiertos a otras opciones, otro humanismo, a otras lecturas que no eran sólo el marxismo, que evidentemente era la gran crítica al capitalismo. Leíamos a Martí, a los pensadores anticoloniales como Fanon, Sweezy, Dobb, al Che, creo que no había un imaginario claro de un modelo, salvo el que había que pasar por la experiencia cubana de esos días. Miguel leía *Los Miserables* de Víctor Hugo. Pero nada que ver con lo que se planteaba en la Unión Soviética o los países del Este. No, nosotros queríamos un lugar donde hubiera equilibrio social, vida plena con justicia, éramos antidependentistas, antiestalinistas, antiimperialistas. O por lo menos es a lo que yo creía adherir.

Es como lo que respondía Antonio Cándido a la pregunta: ¿qué es socialismo? Antonio, que es un sabio, dice “socialismo es una finalidad sin fin”. Pero la premisa era que quienes tenían el poder no aceptarían un cambio en este sentido. Había que preparar la defensa.

En la época estaba el peligro inminente, de que los Estados Unidos y el poder local abortaran el experimento único que era el de Allende y que se veía con miedo, porque siempre estaba para ellos el parámetro de la Unión Soviética, los países del Este, donde la gente en realidad lo pasaba pésimo. Nosotros no queríamos eso. El proyecto era un proyecto completamente diferente.

Carolina Pizarro Cortés
IDEA-USACH

maria.pizarro.c@usach.cl